

## ¿UN CALENDARIO SATURADO DE CELEBRACIONES?

José Antonio GOÑI BEÁSOAIN DE PAULORENA

En los orígenes del Calendario encontramos la celebración semanal de la Pascua de Cristo: cada primer día de la semana, posteriormente llamado «domingo» (día del Señor), los cristianos se reunían para celebrar la muerte y resurrección de Jesucristo y el inicio de la nueva y definitiva alianza con Dios que les hizo nacer a la nueva vida de hijos de adopción divina. Esta Pascua semanal pronto habría cobrado un especial relieve el día del aniversario de la muerte y resurrección de Cristo. Así, como nos recuerdan las *Normas Universales sobre el Año Litúrgico y el Calendario*, «la santa Iglesia... cada semana, el domingo –por eso es llamado “día del Señor”– hace memoria de la resurrección del Señor, que una vez al año, en la gran solemnidad de la Pascua, es celebrada juntamente con su santa pasión» (núm. 1).

Otras celebraciones fueron llegando al Calendario con el paso del tiempo, para conmemorar la obra de la salvación, particularmente todo el misterio de Cristo, «desde la encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor» (SC 102). Ahora bien, de algún modo, todas ellas con el trasfondo de la Pascua, de donde reciben su fuerza. Recordemos cómo en el lenguaje popular, también a la Navidad y a Pentecostés se les ha llamado «Pascua». No podemos olvidar que en la antigüedad para la Iglesia de Roma, como afirma especialmente León Magno, la Navidad era una parte integrante del «*paschale sacramentum*» (cf. *Sexto sermón de Navidad: PL 54*, col. 213).

Además, teniendo los ojos puestos en la Pascua, comenzaron a recordar la muerte de los cristianos que ejemplarmente habían vivido la fe, porque «al celebrar el tránsito de los santos de este mundo al cielo, la Iglesia proclama el misterio pascual cumplido en ellos» (SC 104), proponiéndolos como modelos a imitar.

Sin embargo, todas estas celebraciones, lejos de potenciar la celebración pascual la fueron ensombreciendo, difuminando. Y particularmente el culto a los santos comenzó a prevalecer sobre la celebración del domingo y de los tiempos litúrgicos. Ya san Agustín, en el tratado contra Fausto, escrito en torno al año 400, precisa cómo el culto debe estar dirigido a Dios y no a los mártires:

El pueblo cristiano celebra unido en solemnidad religiosa las memorias de los mártires, para estimular su imitación, asociarse a sus méritos y ayudarse con sus oraciones, de tal modo, sin embargo, que no levantamos altares a ningún mártir, sino al Dios de los mártires. En efecto, ¿qué sacerdote, oficiando al altar en los lugares en que reposan los cuerpos de los santos dijo alguna vez: «Te ofrecemos a ti, Pedro, Pablo o Cipriano»? Lo que se ofrece, se ofrece a Dios que coronó a los mártires, en las memorias de aquellos a quienes coronó, a fin de que el mismo lugar sirva de exhortación y provoque un mayor afecto, que estimule el amor hacia aquellos a quienes podemos imitar, y hacia aquel con cuya ayuda lo podemos ... Con aquel culto que en griego se llama *latría*, pero en latín no puede expresarse con una única palabra, puesto que significa propiamente cierta servidumbre debida únicamente a la divinidad, solo rendimos culto, y enseñamos que deba rendirse, al único Dios (BAC Normal 529, pp. 462-463).

Como vemos, ya en el siglo v, los fieles dirigían sus oraciones a los santos no como intercesores sino como destinatarios, pidiendo a un santo en lugar de a Dios por medio de ese santo. La difusión de las reliquias que se dio en la Edad Media sirvió para que el culto a los santos alcanzara un mayor auge, incluso a veces se les dio un valor mágico. Tampoco ayudó la religiosidad popular que muchas veces tenía más como protagonistas a los santos que a Dios. Debemos ser conscientes de que al pueblo llano le resultaba más cercana la vida y gestas de un santo que la teología encerrada en los misterios de Cristo. Todo ello provocó el aumento de fiestas del Calendario.

De modo que los santos, en lugar de ayudar a celebrar el misterio de Cristo, lo obstaculizaban.

San Pío V corrigió esta inflación, al acometer la reforma litúrgica iniciada por el Concilio de Trento. Pero, con el paso del tiempo, el santoral volvió a aumentar asfixiando nuevamente al ciclo temporal y a la celebración del domingo. De modo que en el siglo xx fue necesaria una nueva reforma, llevada a cabo por mandato del Concilio Vaticano II. Así, los padres conciliares recordaron que «el domingo es la fiesta primordial» por lo que «no se le antepongan otras solemnidades, a no ser que sean de veras de suma importancia, puesto que el domingo es el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico» (SC 106). Y, concretamente,

para que las fiestas de los santos no prevalezcan sobre los misterios de la salvación, déjese la celebración de muchas de ellas a las Iglesias particulares, naciones o familias religiosas, extendiendo a toda la Iglesia sólo aquellas que recuerdan a santos de importancia realmente universal (SC 111).

Este deseo se plasmó en el renovado *Calendario Romano General* publicado en 1969 regulando la precedencia de los días litúrgicos para que la celebración de los misterios de Cristo prevaleciera sobre las fiestas de los santos.

Pero en estos algo más de 50 años de vida de este Calendario se está volviendo a repetir la historia, y la inercia de inserción de celebraciones en el Calendario frenada por la reforma litúrgica conciliar ha vuelto a coger ritmo, volviendo a ser ya excesivo el número de días al año que cuentan con memorias, libres u obligatorias, fiestas y solemnidades.

Ante esta preocupación, pareció oportuno dedicar un número de la revista al Calendario para recordar la primacía del domingo, el lugar del culto a los santos, la interacción entre el Calendario Romano General y los calendarios propios. Y que así no perdamos de vista la centralidad de Cristo en el culto cristiano. Como nos decía Pío XII en su Encíclica *Mediator Dei*, el «año litúrgico... es Cristo mismo que persevera en su Iglesia» (núm. 205), teniendo

presente además que «todo genuino testimonio de amor ofrecido por nosotros a los bienaventurados, por su misma naturaleza, se dirige y termina en Cristo, que es la «corona de todos los santos», y por él a Dios, que es admirable en sus santos y en ellos es glorificado» (LG 50).

José Antonio GOÑI BEÁSOAIN DE PAULORENA  
*Doctor en liturgia y director de la revista «Phase».*

Puede acceder al artículo actualizado publicado en *La formación litúrgica*, *Phase* 62 (2022) 307-326.

Corrado MAGGIONI, «“La liturgia es vida y no una idea que hay que entender”. El magisterio de Francisco sobre la liturgia»

<http://bit.ly/3XBdaFH>

